

COSTO PROMEDIO SEMESTRAL POR ALUMNO \$ 9.152.00

NUMERO TOTAL DE ALUMNOS: 167

COSTO DE ESTUDIANTES Y NUMERO DE ALUMNOS POR SEMESTRE:

SEMESTRE	Nº ALUMNOS	COSTO/ALUMNO
I	50	\$ 3.752.50
II	44	6.332.00
III	35	6.715.00
IV	20	18.891.00
V	18	17.757.00

INGRESOS TOTALES POR MATRICULAS, A \$ 6.000.00

ALUMNO/SEMESTRE: \$ 1.002.000.00

SALDO "ROJO": \$ 526.406.00 EN EL SEMESTRE.



SINTESIS DE LA MEDICINA RENACENTISTA

Por el Dr. Antonio Martínez Zulaica.

Si en el Renacimiento tomó arranque imprevisto el interés general por las cosas todas del macrocosmos inanimado, al igual que por los seres vivos irracionales, no podía esperarse menos de las inquietudes despertadas por ahondar en la estructura anatómica, físico-química, y hasta metafísica, del sér humano. Indudablemente, Dios tenía un reino en la Tierra, donde nacía, se multiplicaba y moría su animal más precioso: el Hombre.

La excelencia de este último por encima de todas las cosas creadas constituyó el punto de apoyo de la común inspiración en los nuevos investigadores y filósofos. Para abocar a una sincera exégesis de la actividad humanística debemos comprender que no se trataba de hacer una religión del humanismo, de substituir a los dioses por los hombres; tan sólo, y esto no debe olvidarse, de reivindicar su dignidad en este mundo para colocarle en el pedestal que se merecía... Las hedonísticas emociones de los cincocentistas quedaban satisfechas con ello. Lo excelente no era el cosmos por sí solo, por su inmensidad o grandeza, sino por lo que suponía de entrañable y prodigiosamente útil en sus servicios al más complejo y sabio de los seres vivos en la esfera coperniquiana.

Como consecuencia de lo anterior floreció el estudio de la medicina humana a un ritmo sorprendente. En un siglo se lograron más conquistas científicas que en los mil quinientos años precedentes. Se trataba de una revolución más, concatenada al resto de las revoluciones renacentistas: la cultural, comercial, social, religiosa, técnica y filosófica. Ninguna de estas convulsiones del espíritu o de la ciencia hubieran podido prosperar por sí solas, por lo que a nosotros siempre nos resultó difícil labor la de individualizar el progreso médico sin hacer referencia al resto de los vertiginosos y trascendentales movimientos europeos de esta época. Labor, por demás, casi imposible.

Los encomiables repuntes de una medicina laica en Salerno —no totalmente desconvencionalizada ni desaristotelizada— y la metodización e integración universitarias de Bolonia, París, Padua y Montpellier, cuando el Medioevo exhalaba sus últimos y sombríos estertores, no pueden parangonarse con esta magna resurrección. El insularismo de estos brotes franco-italicos en la Baja Edad Media se transformó en una auténtica continentalidad de afanes y esfuerzos. Libres la enseñanza y la investigación de todo control regular y secular, de toda argucia y sofisma especulativos, el estudio de la medicina se regó por casi toda Europa, logrando que surgieran en distintas ciudades universidades cuya fama nos hace reconsiderar hoy en su justo valor los puntales sobre los cuales se basamentan muchas de las actuales concepciones médicas.



A Padua, París, Bolonia y Montpellier —todavía bajo la férula gótica—, siguieron nuevas facultades y escuelas médicas como las de Milán, Roma, Ferrara, Barcelona, Londres, Leyden, etc. Centros de cultura hipocrática en los que el aspecto más singular consistió sin lugar a dudas en su decidida y revolucionaria actividad científica. Buena prueba de ello es que tanto fisiólogos como clínicos, biólogos y anatomistas, tomaron desde sus cátedras y laboratorios la radical decisión de divorciarse del autoritarismo escolástico fundamentado en Aristóteles y Galeno, para orientar sus conocimientos y hasta su conciencia de hombres nuevos siguiendo la impronta platónica en lo filosófico y la baconiana en lo científico; esto es, embriagándose de naturaleza y canalizando sus estudios por el método de la observación directa de las formas y fenómenos naturales.

El científico renacentista comenzó a dudar de las sentencias de los clásicos greco-latinos, sobremana si estos asertos defendidos como dogmas tantos siglos no eran confirmados por la experiencia, lo que iba en detrimento de la irresponsable fe científica mantenida como privilegio docente durante muchas centurias. Quizá por estas razones algún historiador pudo motejar a Paracelso como el Lutero de la medicina y a Vesalio como el hereje de la religión galénica.

El clima irrespetuoso, iconoclasta a veces, en torno al cual actuaban algunos de estos personajes, puede comprenderse en esta cita crítica de George Santayana —“Dominaciones y Potestades”—, donde el insigne filósofo hispano-yanqui presupone el necesario sacrificio de lo viejo ante la poderosa insurgencia de lo nuevo: “La construcción implica la destrucción del estado de cosas precedente. Arranca en capullo o en plena floración todos los valores que la situación anterior hubiese desarrollado, y que tienen que hundirse y esperar en el fondo del abismo del no ser a que una nueva ola más favorable para ellos los impulse triunfalmente a la superficie. Al mismo tiempo, esta riqueza de posibilidades perdidas, de virtudes aplastadas, se compensa con el flamante desarrollo de alguna de las otras muchas posibilidades y virtudes, que nuestra acción ha hecho surgir ahora, desarrollo al que no se ha de escatimar su momento de victoria, no recordándole demasiado a menudo que en el instante mismo de empezar ya ha comenzado a marchitarse”.

Somos conscientes de que, pese a toda la labor realizada por los médicos renacentistas, para llegar al fisiologismo de Bichat, la anatomopatología de Morgagni o la patología celular de Wirchow, faltaba mucho camino que recorrer. Analizada caleidoscópicamente su medicina desde nuestros días, puede también inculpársela de rundimentaria e imprecisa. Lejos están los tiempos de Silvio, Fallopio, Fernel, Fracastoro y Theophrastro, de la deslumbrante ciencia hormonal y bioquímica de nuestros días. Pero el simple y significativo hecho de salir a salto de mata, rabiosamente, del pozo oscurantista, rompiendo la inercia y el letargo de siglos, ya es suficiente mérito para que la Historia de la Medicina no margine injustamente la genialidad de estos hombres preclaros y esta época sin precedentes.

Hemos de confesar que no fue la medicina precisamente la más prematura floración renacentista, verdad que anduvo a la zaga del resto de los resurgimientos humanísticos. En primer plano descollaron las rebeldías sociales, religiosas, literarias y artísticas. Y hasta algunas ciencias, como las de la navegación y la astronomía, se anticiparon en varios lustros. No fue preciso para estas primeras actividades una conciencia muy reflexiva, ni tampoco muy necesaria la máquina como materia prima del estudio o la investigación para tales fundamentaciones metafísicas, políticas o estéticas. Así como la medicina hubo de esperar pacientemente a la vulgarización comercial de la imprenta para continentalizarse y expandirse, el arte se hacía grande y mirífico con contados genios y en unos pocos también

palacios florentinos. Sabemos además a qué extremos, si no divinos al menos diletantes, puede llegar la imaginación latina, libres sus alas y con un universo inexplorado a la vista. La ilimitada imaginación de Savonarola, las no menos universales de Thomas Moro, Luis Vives, Pico de la Mirándolla, Marsilio Ficino y Nicolás de Cusa, por ejemplo, pudieron construir castillos en los lienzos o en el aire en breves horas de sustanciosa inspiración; mientras que la sedimentada reflexión y ordenada experiencia de Vesalio, Paré, Fallopio, Fabrizio D'Acquapendente, etc., necesitaron de años, cuando no de lustros o décadas, para cimentar sus leyes y conclusiones más o menos sólidas y decantadas.

Así como los anteriores procesos emocionales e intelectivos y estéticos ya son incipiente patrimonio del “cuattrocento”, la medicina no adquirió forma y contornos hasta bien entrado el siglo XVI. Las primigenias y sutiles intuiciones médicas no se concretan en firmes conceptos, anatómicos, fisiológicos y quirúrgicos, hasta la aparición en escena de personajes de la talla de Paracelso Hohenheim, Andreas Vesalio, Ambrosio Paré, Cesalpino, Serveto y otros.

Pero ya entonces la marea renacentista se desborda impregnando con sus nuevas esencias humanísticas casi toda la Europa occidental. Lain Entralgo corrobora este punto —“Historia de la Medicina Moderna y Contemporánea”—: “Cuando Vesalio publica su “Fábrica” lleva más de un siglo en pie la cúpula de Brunellesco, en Florencia, y Miguel Angel ha pintado ya los frescos de la Capilla Sixtina. Por otra parte, Paracelso fue en su tiempo un solitario y, salvo en Italia, la nueva anatomía no comenzó a hacerse habitual hasta bien cumplida la segunda mitad del siglo XVI, cuando ya se insinúa el período barroco del arte. Así se explica —para no citar sino estos tres ejemplos— que las obras completas de Arnaldo de Vilanova sean todavía editadas en 1585, y la “Anatomia” de Mondino de Luzzi en 1580, y los “Consilia” de Bartolomeo Montagnana, tan típicamente medievales, en 1652”.

Cierto que antes de la madurez vesaliana anatómica el arte médico ya estaba impregnado por la nueva aura renacentista, aunque mucho más discretamente que otras ramas del saber humano. Después de todo sería un error considerar a esta época como la agonía de la escolástica, ni como el alumbramiento de la plena autonomía del pensamiento crítico. El área del derrumbamiento escolástico se superpuso durante muchos años con el derecho al libre juicio.

Se asegura por parte de algunos autores que el humanismo hipocrático renacentista resurgió como protesta firme y decidida contra la aceptación escolástica de todo cuanto de Hipócrates, Galeno, Celso, Aristóteles, Platón, Plinio, etc., llegaba a los médicos a través de los comentaristas y traductores bizantinos, cristianos y arábigos. Esta ciega e reflexiva receptibilidad del pasado clásico conllevaba como era obvio la asimilación de excesivos errores y adulteraciones. Eran previsibles muchos de los engaños y eran previsibles asimismo las múltiples mixtificaciones que de este legado habían realizado, aunque de buena fe, los legatarios persas, bizantinos, judíos, árabes y bárbaros. Brotando de una fuente en parte inexacta y turbia, y pasando posteriormente por un tamiz acomodaticio, el médico renacentista tenía que armarse de abundante cautela y actitud crítica para reconstruir y decantar una nueva ciencia. Se imponía por demás tolerar lo legítimo, desechar lo erróneo y, a fin de cuentas, revisarlo todo. Y para ello nada mejor ni más racional que indagar con imparcialidad y sereno juicio en las fuentes mismas de la cultura médica greco-latina. Así es interpretado el humanismo, la “vis” humanística médica, por parte de algunos historiadores.

Puede que esta postura fuera cronológica y mentalmente la final del médico europeo en este tránsito de la historia, puede también que no pasara de una actitud intermedia en el largo proceso de la re-

modelación médica iniciada en Italia. Lo innegable es que vivieron en esta época algunos humanistas que no simpatizaron con la emocional conducta de Paracelso, Serveto, Vesalio y Cardano, para quienes escudriñar en la "source" clásica no podía significar general aceptación del galenismo ni del aristotelismo principalmente, colocándose en una línea de decidida rebelión contra el paternalismo dogmático greco-latino.

Humanismo de pura ley para algunos fue el mero hecho de desmarañar el clasicismo helénico, ya sea por la continuidad romana o las traducciones bizantinas, por los tratados persas o por el canon musulmán de Avicena, por los aportes de Constantino el Africano, por los escritos judaicos del Califato de Córdoba, y hasta directamente por intermedio de los auténticos documentos griegos. ¿Era Thomas Linacre, traductor del tan conocido y poco imitado "Juramento Hipocrático", menos humanista que Paracelso, abanderado de innumerables rebeldías contra el común saber heredado? Y Jean Fernel, ¿acaso pecaba de remiso renacentista al lado, digamos, de Andrea Cesalpino?

Aceptando ciegamente, puliendo con espíritu crítico o rechazando todo cuanto llega, se es humanista a ultranza. Los lazos con el pasado son comunes en los hombres que adoptaron estas tres diferentes posturas. Un médico llega a ser hombre grande porque antes que él vivieron otros médicos grandes. "Los grandes nunca están solos —dice Beltrand Russell—; de la oscuridad surgen las voces de los predecesores, claras y animosas; y por lo tanto, a través de las edades realizan un desfile imponente, orgullosos, impávidos, inconquistables".

Lo cierto es que parecía en los umbrales de la Edad Moderna como si se hubiera desempolvado todo el archivo de las culturas médicas, ateniense, bizantina, medieval y árabe. Plinio, Hipócrates, Galeno, Celso, Oribasio, Alejandro de Trelles, Celio Aureliano, Pablo de Egina, Avicena, Mondino, Averroes, y hasta la enigmática salernitiana Trótula, sufrieron lo que en el lenguaje político suele llamarse una minuciosa purga. Alguien insinuó con malicioso desdén crítico que al "Corpus Hippocraticum" le habían sacado las tripas y al "Canon" de Avicena hasta los hígados.

Tolerantes, eclécticos y rebeldes, todos ellos, llevados por el entusiasmo ardiente de auscultar hasta el más recóndito alvéolo del pulmón clásico, forjaron la nueva medicina del Renacimiento; engarce obligado entre la antigüedad y lo contemporáneo a través de varias y sucesivas plataformas histórico-culturales: el Barroco, la Ilustración, el Romanticismo, el Positivismo Naturalista y la Medicina actual, es decir, la Medicina Contemporánea.

Relacionemos someramente lo que para nosotros fueron etapas emocionales del médico renacentista, y que dieron lugar en distintos tiempos a la adopción de diferentes posturas operantes y creadoras sin salirse de un humanismo de amplios perfiles, no de un humanismo en el más riguroso sentido semántico:

Empieza a sentirse solo en su interpretación de las enfermedades y en su lucha contra los elementos agresivos que son causa de las mismas. Su presente está vacío y no puede esperar al mañana porque grandes epidemias azotan los pueblos y asolan las ciudades.

Vuelve su mirada al pasado próximo. Encuentra una medicina teológica y especulativa insuficiente. La rechaza.

Más atrás tropieza su espíritu con la civilización médica greco-latina. Aquí cree hallar la verdad, la argamasa para los cimientos de la nueva ciencia que se propone.

Coteja la documentación y descubre con sorpresa múltiples contradicciones, sobre manera en los documentos traducidos por ulteriores culturas.

Con las fuentes puras, y lo verosímil y más aceptable de las versiones, recopila y trata de crear un "canon" moderno, renacentista. Es ya un triunfo que se aproxima.

El sentimiento es vencido por el pensamiento. El análisis crítico y la ciencia experimental propugnada por los nuevos filósofos —Ficino, Pico, Cusa, y más tarde F. Bacon— le obligan a rectificar muchas tesis que casi habían sobrevivido a los siglos como dogmas.

Empieza la labor sincera y exhaustiva de la corrección y la comprobación; con lo que nace una ciencia médica nueva orgullosa de sus éxitos.

El orgullo clasista se personaliza. La rebelión hacia parte del pasado se convierte en algunos genios en rebeldía íntima, endopática casi, como es el caso de Paracelso.

El implacable rechazo logra excitar la mente, llegándose con este estado de espíritu a una verdadera revolución en los conceptos y en los sistemas.

Es ya una postura del intelecto y de la conciencia hacia el vitalismo, dinamismo e infinitismo barrocos.

Cada uno de estos jalones emocionales y transitivos fueron vividos por ciertos médicos independientemente. Sin embargo, otros alcanzaron a sentirse influidos por varios de ellos, comprendiéndose de esta manera su ambigua conducta. Vesalio, por ejemplo, pese a su rebelión antigalénica, admiraba al pergamiano más de lo que él mismo suponía. De todas formas esta evolución del sentimiento en el "uomo" renacentista se correlaciona con cierto orden cronológico, concierto aprovechado por la mayor parte de los historiadores de la medicina.

Todo el período inicial de la ciencia hipocrática en los albores de la Edad Moderna puede resumirse en una gavilla de rasgos fundamentales que, coincidentes unas veces y entrelazados otras, estructuraron las actividades y pensamientos médicos hasta llegar a la sazónada adolescencia del "cincocento". La labor puede ser más completa si se agrega como complemento algunos informes sinópticos que ayudarán a configurar en nuestra mente los verdaderos contornos panorámicos del fenómeno evolutivo de dicha centuria.

El progreso médico durante los siglos XV y XVI se vio instigado por la inconformidad nacida del sincero autorreconocimiento de la propia penuria científica.

Promedió en todo caso el intento de reedificar la ciencia médica, hasta entonces ahogada en el pantano del Medioevo.

Fue palmario el anhelo de buscar en el hombre mayor semejanza con su Creador, y por tanto el de investigar su dignidad a través de la estática morfológica —con leves estornudos estequiológicos— y la dinámica funcional. El primer intento llegó a su casi plena madurez, mientras el segundo constituyó apenas un preludio para la serena sinfonía del Barroco.

Retorno general a las fuentes clásicas greco-latinas; ya sea con ánimo de copiarlas, o los más intencionales de reivindicarlas, purificarlas, rectificarlas o rechazarlas; siendo cada una de estas actitudes diversas manifestaciones de un común humanismo.

Inclinación filosófica platónica y plotínica, con cierto desdén hacia la especulación aristotélica encarnada en el galenismo y en la medicina escolástica de la Baja Edad Media.

Prevalencia del hombre como centroeje de toda especulación y como símbolo más expresivo de toda belleza cósmica. Este último sentimiento fue el germen a partir del cual se generó el esplendor anatómico en base al potencial dinámico de las formas.



Intelección inicial del "homo sapiens" como sistema mecánico susceptible de ser estudiado por leyes físicas y geométricas —ruta de Copérnico a Descartes en los ágiles transportes de Nicolás de Cusa y Leonardo—; y posterior ideación de su naturaleza como un compendio organístico y vitalista, susceptible a su vez de recibir el impulso generador vital a través de la influencia divina, y hasta de transformarse continuamente en función de las reacciones químicas estimuladas por el "fuego" de esa misma "vis" teológica.

Intento humanista de descubrir en el hombre microcósmico la síntesis de toda la fenomenología macrocósmica; supeditando así la arquitectura cosmológica toda y hasta la ideación metafísica al mismo hombre; inversamente a como sucedía en las precedentes centurias del oscurantismo con la esclavitud astromágica y la dictadura teocrática.

Conciencia de que las enfermedades no representan un azote divino enviado a la Tierra desde los cielos como castigo a la soberbia humana. Luchar contra las mismas nunca sería entendido como una ofensa a Dios, oposición a sus inexcrutables designios. Esta postura puede interpretarse como un retorno al juicio hipocrático que empezó a considerarlas por primera vez en la historia de las civilizaciones como simples fenómenos naturales corregibles por medios también naturales.

Rescate de la medicina de la cárcel teosófica y especulativa, y entrega de la misma a la madre Filosofía que se nutre del libre pensamiento y estimula la creación científica.

Tránsito paulatino de una medicina primordialmente auditiva —recolección de lo oído— a otra visual —estudio de lo visto—, para, en última instancia, abocar a una tercera más racional en la que la interpretación fenomenológica basa su método en la siguiente trilogía: saber oír, saber ver —camino del saber comprender— y saber comprobar —arte este último de la experimentación—.

Ruptura con toda interpretación humoralista en las disfunciones orgánicas en beneficio del localicismo patológico, hijo a su vez del parcelamiento anatómico conseguido por una mayor experiencia en las prácticas de disección.

Tránsito fecundo de la filosofía deductiva y la especulación a la observación y experimentación inductivas logradas merced a una más íntima comprensión y contacto con la naturaleza.

Retorno de Santo Tomás a San Agustín, de Aristóteles a Platón, de Galeno a Hipócrates. Regreso al ágora a través de la universidad medieval episcopal, la catedral gótica, la escuela conventual, la mezquita árabe, la cúpula bizantina y el coliseo romano.

Sazonamiento fáustico —sed de mundo y glorias terrenas— y espíritu de aventura, como instigaciones en todo tipo de estudio y experimentación.

El anhelo de conocer el mundo, de vivir la vida, de lograr la gloria, de hallar la verdad, de satisfacer el intelecto y los sentidos, de conseguir la belleza, de paladear la libertad, de aventurarse en los arcanos, etc., convierten al médico renacentista en un sér que ambiciona el dominio de todas las ramas del saber, en un humanista o "uomo universale" de alto fuste.

Supeditación forzada del médico creador a varias trascendentes convulsiones: revoluciones social, comercial, artística, religiosa e industrial... De estas expandidas y liberadas energías surgen las nuevas universidades, los mecenas, museos, la imprenta, los instrumentos quirúrgicos nuevos y perfeccionados, la posibilidad de viajar, las guerras del Estado y religiosas...; circunstancias históricas que permitieron una mayor divulgación y expansión científica.

Se apacigua el sentimiento de que la muerte debe ser considerada con horror o con estúpida resignación; la vida es el hecho más importante del hombre, y toda experimentación y estudio deben tender a mejorarla. El cadáver es un hombre que ha dejado de vivir.

Estos principios fuerzan al científico renacentista a escrutar la incógnita de la muerte con más amplitud crítica. Estudiando la muerte puede alargarse la vida. Nace pues la disección, sin repugnancias ni sobrenaturales temores escatológicos.

Se aboca por esta inclinación del pensamiento a la explicación anatómica frente al cadáver; furtiva al principio y consagrada posteriormente con la creación de los anfiteatros en todas las facultades europeas. Aquí asestan Vesalio y Benivieni entre otros, aunque con todo respeto, el más contundente golpe bajo a la anatomía antropoide de Galeno y a la pocina de Kofo en Salerno. La disección como práctica permisible a los estudiantes no empezaría sin embargo hasta mediados del siglo XVIII.

Condensación biotípica de la metamorfosis científico-médica renacentista en las obras de tres genios extraordinarios: Vesalio, Paracelso y Ambrosio Paré. Con ellos llegaron a su máximo esplendor en el quinquenio la anatomía, terapéutica y cirugía respectivamente.

Las dos grandes concepciones médicas de esta época, la yatromecánica —anatomía arquitectónica, geometría humana— y la yatroquímica —patología dinámicoquímica— estuvieron patrocinadas por Andreas Vesalius y Paracelso de Hohenheim.

Así como la ideación mecanicística del cosmos toma auge en la península itálica, la tesis química y el incipiente vitalismo prenden mejor en Centroeuropa. La primera fase del progreso renacentista es itálica, la segunda rehuye la península mediterránea y sienta plaza en el mismo cuerpo del continente occidental.

La medicina del Renacimiento se impregna en Europa de aires nacionalistas. Se hace irrefrenable la infusión vernaculizadora; cooperan a ello los nuevos estados políticos integrados y la simultánea parcelación de las rebeldías antipapales.

Maduración en este tiempo histórico —orto científico-médico— de varios fenómenos aún no suficientemente estudiados ni investigados: circulación sanguínea y linfática, estequiología, injertos y cirugía plástica, tratamiento de las heridas por arma de fuego, trepanaciones, ciertas técnicas obstétricas, terapéutica antiluética, rinoplastia, talla vesical, jarabes, tiempo y sitio de aplicación de las sangrías, etc.

Tímida aurora de la experimentación embriológica tanto en animales como en el hombre, y de la embriología comparada. Más destacados estos avances en la época postvesaliana.

Perfeccionamiento de la técnica de conservación de los cadáveres y de los métodos de disección.

Iniciación con Paracelso de una nueva y revolucionaria concepción terapéutica —"arcanum"—, y retorno en cierto modo a la "vis naturae medicatrix" hipocrática.

Colaboración de los artistas no médicos en la investigación anatómica —disección y embalsamientos— y en la elaboración de las planchas tan útiles en la divulgación de la enseñanza.

Incremento del prestigio de las universidades como consecuencia del intercambio científico. Los sabios investigadores dictan clases en una y otra facultad. En la primera fase del "cincocento" la corriente emigratoria científica y docente va de norte a mediodía; más tarde se invierte.

Incorporación escalonada de los cirujanos empíricos a las academias, liberados del franco menosprecio que hacia ellos sentían los médicos ilustrados y humanistas.

Se asiste al insólito parto de una nueva docencia, que es dictada en los respectivos idiomas vernáculos europeos, marginando poco a poco el tradicional verbo greco-latino.

Aumento del prestigio social tanto del médico como de la misma medicina. La iconografía de la época refleja mejor que nadie esta apreciación.

Se multiplican las visitas domiciliarias. Los galenos utilizan para ello todos los medios de transporte usuales. Es fruto de la individualización del saber, del paso del acervo científico de los claustros y abadías al profesional dotado de cultura propia.

Manifiesta interpolación de pontífices, monarcas, emperadores y capitalistas en las actividades médicas. El médico se convierte así en hombre político.

La profesión hipocrática comienza a ser atributo de los laicos. Se facilita este fenómeno por el uso de los idiomas vernáculos en la información médica y por el hecho del divorcio que el Renacimiento instauró entre la Teología y la Ciencia.

Exportación del saber médico a los recientemente descubiertos y lejanos países de ultramar. Lima y México disponían de enseñanza médica ya a mediados del siglo XVI.

Aparición en escena del médico viajero a sueldo de reyes y generales. Perfeccionamiento de la medicina militar con Paré a la cabeza.

Fecunda asociación de filósofos, artistas, literatos y autoridades eclesiásticas con los médicos renacentistas, dejando una impronta "sui generis" en la medicina del Renacimiento.

Ninguna regla ética prohíbe el enriquecimiento del médico. El sentido comercial de la profesión se redondea a un tiempo que el sentimiento fáustico de la vida. Se incrementa el número de profesionales a sueldo. Fernel percibió 100.000 escudos por la asistencia a los diez partos de Catalina de Médicis; el médico cortesano de Enrique II tuvo una asignación de 1.200 libras anuales...

Se supera a Salerno en cuanto a organización administrativa y metodización docente. En el Renacimiento son ya oficiosos ciertos aspectos de las facultades: libros de texto, concesión de grados, pago de profesores, juramento hipocrático, prácticas de postgrado, compilación didáctica de las distintas temáticas, horarios, indiscriminación de razas y religiones...

Es característico de estos tiempos la fundación de academias y colegios con objeto de controlar el ejercicio de la medicina y el manejo de las boticas.

Excelentes avances en la lucha contra el morbo gálico o mal napolitano, y otras enfermedades epidémicas; en función unas veces de elucubraciones más o menos acertadas sobre la etiología de estos morbos y otras por el evidente enriquecimiento del caudal terapéutico tanto "pro ingesta" como tóxico.

La medicina renacentista no logra sacar de su marasmo al lamentable estado con que recibió del Medioevo la sicoterapia y la sicoterapéutica. Sigue la quema de brujas y sigue sin arrebatarle a los teólogos el derecho médico a interpretar y curar los disturbios de la síquis. Poham Weyer fue tan sólo un esporádico pionero en defensa de los

atormentados. Contrastando con el lamentable estado sicoterapéutico y siquiátrico, Thomas Moro, Vives y Erasmo, entre otros, alcanzaron en los mismos días un avanzado "clímax" teórico a este respecto.

De esta imposibilidad de liberarse totalmente de las viejas supersticiones, se explica el frecuente fenómeno paradójico de médicos que, pese a hacer uso habitual del libre criterio y del empirismo inductivo, de cuando en cuando entregan su espíritu a las prácticas exotéricas, la magia o la astrología.

El arte del envenamiento, tan extendido en las ciudades italianas, redundó en beneficio de una compleja terapéutica de antidotos sin parangón en los siglos precedentes.

Uso y abuso de la "trinidad profana" integrada por las lavativas, las sangrías —"revuelsio" y "derivatio"— y las purgas; e iniciación empírica de la terapéutica ultramarina con el guayaco, la coca, el tabaco, la zarzaparrilla, etc.

Salvo por parte de los cirujanos barberos, la actitud del médico examinador ante el enfermo era pomposa y hierática, en todo caso de misteriosa solemnidad. El enfermo no se desnudaba, aunque sí algo más que en la Edad Media. Ningún médico estimado por la sociedad de su tiempo oía, palpaba o percucía al paciente. Otra vez la iconografía es diciente a este respecto.

Respiración, fiebre, pulso y orina; he aquí los cuatro síntomas cardinales sobre los que se fundamentaba toda una patología clínica.

El fisiologismo rasgaba las opacas vestiduras de su enclaustramiento medieval con las pesquisas e intuiciones de Serveto, Valverde, Realdo Colombo y Andrea Cesalpino, acerca de las circulaciones sanguíneas mayor y menor, las hipótesis sobre la oxigenación y el circuito linfático.

Persistente la pudibundez femenina y el velo misterioso que a su fisiologismo había colocado la anterior medicina teológica, la obstetricia y la ginecología no obtuvieron triunfos significativos durante el Renacimiento. No obstante, el médico tocólogo empezó a desplazar en su ejercicio a las comadronas empíricas, no sin que promediaran violentas disputas sociales y eclesiásticas.

Ausentes aún los conocimientos bacteriológicos, las prácticas epidemiológicas siguieron el ritmo anterior. Ante la impotencia de los profesionales médicos, el pueblo siguió esperando de la Divina Providencia el remedio a las pestes flageladoras.

Comienzan las lecciones clínicas en las cátedras explicando el profesor las enfermedades a la vista del enfermo.

No se hizo uso de la anestesia en las intervenciones quirúrgicas. En excepcionales ocasiones se utilizaron métodos primitivos. Decía Velpeau en París que la búsqueda de una cirugía sin dolor equivalía a la de una cosa que no existe en absoluto; y Paré aconsejaba a los cirujanos, para mayor eficacia de su arte, no dejarse influir por los gritos y gemidos de los enfermos. Paradójicamente, la medicina indígena americana había conseguido cierta eficacia a este respecto en razón de las propiedades medicinales de algunas plantas y arbustos de su exótica flora.

Perfeccionamiento e invención de algunos instrumentos de uso quirúrgico principalmente obstétricos y ortopédicos; restauración de técnicas ya abandonadas o superación de otras en larga fase embrionaria, tal como la rinoplastia.

En estas noticias impersonales —rocas labradas con las cuales se construyó parte del magno palacio científico del Renacimiento— se condensan las más destacadas peculiaridades de la transformación médica en el retazo de la historia que estudiamos. Mas es justo hacer observar que todo quedaría en sopa fría si no comprendiéramos que todos estos fenómenos fueron fruto del individualismo médico, nunca fenómenos impersonales, y que no pueden relegarse al olvido ese inmenso botín de anhelos, emociones, sacrificios y esfuerzos que los humanizaron.